

simpáticos y amigos de los humanos, hace quinientos años eran vistos con grandes recelos, como seres demoníacos, cuya aparición en la superficie del mar podía anunciar tormentas y peligros inminentes.

No caben en este artículo referirnos a las innumerables supersticiones y creencias mágicas de la marinería de los buques de la Carrera de Indias, que de un modo sincrético, se mezclaban con elementos de la religiosidad oficial. La más conocida es, sin duda, la que hacía responsable a San Telmo de las luces que la electricidad estática encendía en los topes de los mástiles durante las tormentas. El general Escalante comentaba así la impresión que estas luminarias producían en su tripulación:

*“Es así que en el mismo instante que uno diga: cata San Telmo en tal parte; en ese mismo punto se paran todos a mirar adonde parece y en viendo que ven aquellas lumbres, comienzan luego a decir: salva, salva, San Telmo cuerpo santo; en lo cual están pasmados y embevescidos (sic) y dejan entonces de acudir a la mayor necesidad y por mucha instancia que se haga con ellos no los pueden quitar ni mover...no acordándose del ordinario refrán que dice: a Dios rogando y con el mazo dando...”*²⁰.

Ante la gran cantidad y variedad de los peligros que acechaban a la gente de mar, todas las ayudas parecían pocas. Por eso, los marineros se encomendaban a los santos y conjuraban a los demonios, y aparte de todo eso, tenían que estar muy atentos a valerse de sus propios recursos, pues eran conscientes, como reconocía don Juan de Escalante, de que solo dando con el mazo, podían salir de la mayoría de las situaciones comprometidas.

²⁰ Juan Escalante, *Itinerario de navegación...*, p. 214.